



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.—Ap. 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

ANA ALFABETO

Por esos mundos.

FELIX RECIO

Yo, cadáver.

FERNANDO MORA

Las cosas del cura.

JOSÉ MOREIRA

La casualidad.

FERNANDO AMADO

El último modo de timar.

JOSÉ BRISSA

Las memorias de un soltero.

TOVAR, CYRANO

Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de

Palmira López.

**PALMIRA LÓPEZ**

Idolo de los bilbaínos en los pasados días

5 cénts.

SECCION VERMOUTH

SENOR "Pequeño Reporter". A pesar de que ha dicho usted varias veces que es un entusiasta defensor de los derechos de la mujer, tan pronto se ha presentado una ocasión de probarlo, hace precisamente todo lo contrario.

Anuncian ustedes un Concurso, y, en efecto, es solo para hombres. ¡Como se ve el grosero prurito del macho de cubrir con su egoísmo de siempre á la débil hembra!

Supóngase que en ese sorteo de cupones le toca el número agraciado á una lectora. ¿Qué ocurrirá en este, más que probable, caso? ¿O es que ustedes no están enterados de que acaso seamos más las lectoras, que los lectores de LA HOJA DE PARRA?

Convenga usted en que esto es injusto, impropio de hombres galantes, y apresúrense, que aún es tiempo, á subsanar tan enorme error, que nos tiene, créalo, muy indignadas á la totalidad de las lectoras

de LA HOJA. Y digo á la totalidad, porque la que no lo dice, lo piensa. "Una que los colecciona".

Tal es, textualmente trascrita, la perfumada carta que he recibido, escrita con inseguros trazos reveladores del estado de nerviosidad producida por el justo enojo de mi comunicante.

Porque es caso que tiene muchísima razón, y desde luego, acato por merecido el rapapolvo que me dedica. Eso del «grosero prurito del macho», macho mucho efecto, lo confieso; ahora, que no es precisamente con egoísmo con lo que ese sexo cubre á «la débil hembra», á no ser que se le llamase así á eso desde que Navarro Reverter es académico de la lengua.

Pero vamos á la muy lógica suposición de que no sea un agraciado, sino una agraciada, que tratándose de una lectora nuestra, tiene que serlo á la fuerza, porque hemos ordenado á nuestros vendedores que no se lo vendan á los desgraciados,

físicamente se entiende, que de lo demás hay por ahí cada desgraciada en cada curva, que narcotiza de gusto.

¿Qué hace una mujer con buen palmito y sangre primaveral en las venas al encontrarse que le ha tocado el premio á su bono? Nada *bono* probablemente, porque eso de que otra mujer «le ofrezca la intimidad de una cena, y si quiere se case con ella» (según frase concluyente de nuestra amable concursadora), es muy fácil que no le resulte, sin que dejemos de comprender que se dan casos. Y nunca mejor que en



—¡Este no sabe á ló que se expone con tanto dormir!



El señorito.—¡O te abrazo, ó me enveneno!

éste tendría aplicación aquello de «pan con pan comida de tontos»; por muy salados que sean de suyo, los tontos sólo han de ser necesariamente sosos.

Sí, es preciso subsanar el error. Mas como ya no hay tiempo de echarse á buscar por ahí tipos perfectos de estética masculina, va á ser cosa de tener que ofrecer el propio sacrificio nuestro. ¡Qué diantre, tratándose del bello sexo, todos los de esta casa estamos dispuestos á sacrificarnos, aunque algunos... ¡tenemos tantas ocupaciones!

En buena hora lo digamos, pero aquí hay donde escoger, á Dios gracias. Tenemos una variedad, que ni en un almacén de postales.

Podemos ofrecer á la interesada, uno con la faz completamente rasurada y el pelo planchado á raya partida; otro con bigote rubio y el pelo acaracolado que parece el cuello de un gabán de Astrakan, y *astrakando* haya necesidad, puede servir para un manguito; otro tan peliagudo como el anterior, aunque es color moreno, que viene á ser algo así como el anuncio del rom de la Negrita; otro, con toda la barba, que es

una barbaridad de amigo mío. Los hay de tipo esbelto y de tipo rechoncho; en una palabra, que los hay de todos los tipos, ¡hasta los hay tipo-grafos!

No tiene más que presentarse en esta redacción con el voletto premiado, y en cuanto nos lo enseñe (¡porque hay viles falsificaciones!), es suyo el bibelote humano que elija. Además, y para que se vaya completamente satisfecha, se lo serviremos presentado conforme á su gusto: en traje de americana, en traje de luchador greco-romano, sin traje ninguno, en traje de levita... aunque mejor será así porque *le-vita* un catarro, que todavía no está el tiempo para desahogos caniculares.

En cuanto á la cena, ni que decir tiene que será completamente opípara. Todos los platos que nuestra poseedora apetezca, ora de carne, ora de pescado. Siempre en la inteligencia de que sus demandas no han de ser superiores á nuestras fuerzas; que no son tan insignificantes, conste. Lo del casamiento se tratará de sobremesa.

¿Queda complacida mi enojada comunicante?

Si así es, que como desagravio y en señal de amistad, me envíe un recuerdo suyo; aunque no sea más que un objeto de quin-calla.

Porque ya sabe ella que *quin-calla*, otorga.

Un pequeño reporter.

EL ESTRENO DE LA PRINCESA



—Pues, si señora; el final del acto aparecen «Las meninas» pero no pintadas, sino de carne y hueso.

—¿De carne y hueso? Así es como debían aparecer siempre.

Por esos mundos

Máximo Gorki, el gran novelista ruso, ha sido comprendido en la reciente amnistía dada por el Czar.

Pero Gorki que ya sabe como las gasta Romanoff (que no tienen nada que ver con nuestro Romanonoff) ha dicho que no vuelve á su país, y que seguirá viviendo tan ri-

Y ya que no pudo ser á la austriaca, fué al mar.

■

A Gabriel, D'Anunzio, el poeta predilecto de las mujeres italianas, le va á regalar la ciudad de Pescara, por sus ríspion pública, un hotel que será construido á orilla del mar y entre pinos.

Ese es el mejor D'Anunzio para el señor D'Anunzio.

Estamos viendo á la Chelito, por ejemplo, pensando en el hotelito de Pescara, y diciendo para sus adentros:

—¡Quién lo pescara!

■

Leo que un sabio noruego se propone marchar en breve al Polo Sur para hacer importantes estudios geométricos que han de ser de gran trascendencia para la ciencia.

Entre otras cosas, quiere hallar la hipotenusa y los catetos de un triángulo, que forman no sé qué terrenos, lo que le ha de permitir determinar matemáticamente el mismísimo Polo.

Yo creo que ese sabio no tiene necesidad de hacer un viaje tan largo y tan penoso; con que se venga á Madrid en las fiestas de San Isidro, encontrará todos los catetos que quiera.

Y si con esto no tiene bastante para sus estudios, que se dé una vueltecita por Romea, el Salón Madrid ó el Madrileño.

Donde además de catetos, ¡hallará carretas!

Ana Alfabeto



Una.—¡Ya te has tumbado, qué adán eres!

La otra.—¡Qué más quisieras tú que fuera Adán, ahora que estamos solas!

camente en Capri, que es un Capri-cho como otro cualquiera.

Es lo que se dirá Gorki:

—¿Para qué voy á ir? ¿Para que me Agorki?

■

Según cablegrafían de Nueva-York, á bordo de un trasatlántico alemán que ha llegado á aquel puerto, ocurrió durante la travesía una tragedia de amor de la que fueron protagonistas un joven millonario ruso y una morrocotuda cantante austriaca, que pertenece á una compañía de ópera contratada para Norte América.

El joven millonario se puso completamente incandescente y le pidió su amor y las consecuencias á la hermosa austriaca. Este se negó rotundamente, y el rusito se tiró al mar.

Por lo visto el pollo estaba decidido.

Lea usted el martes

EL LIBRO POPULAR, por Noel

Yo, cadáver

Cuando yo tuve la suerte de quedarme viudo por primera vez, una madrugada me dirigía por la calle de San Bernardo á la de Sagasta, donde vivía entonces. Al llegar á la de Luna, me detuvo una mujer de esas pobres y maltruchas bellezas alquilables que llaman «simpático» hasta al empresario del Trianon Palace. A mis oídos llegó una voz enronquecida por el alcohol y las noches de escarcha:

—Oye, gracioso...

¿Gracioso, á mí?... Me juzgué insultado suavemente y proseguí mi camino, parapetado en la gravedad caballeresca de mi gabán de pieles. Pero ella no se dió por vencida y me trabó de un brazo.

—¿Quiere usted descansar un ratito en mi casa? Vivo aquí cerca.

Lejos de enfadarme, volví la cabeza para ver á mi interlocutora de frente y despacio: era flaca y páfida, con largos ojos azules rodeados de grandes manchas violáceas. Sin saber por qué, aquel rostro triste y livido, como de fantasma venido de otro mundo, me inspiró ideas extravagantes y siniestras.

—Bien—exclamó—vamos. Aún puedo acompañarte hasta las cinco de la mañana.

—¿Nada más?

—No, porque sólo tengo permiso hasta esa hora.

Ella, que sin duda creía hablar con un caballero rico á quien sus rentas procuraban independencia absoluta, volvió la cabeza sorprendida.

—¿Quién le da á usted ese permiso? ¿Su señora?

—No; no tengo señora, afortunadamente. El sepulturero del cementerio de San Justo es quien me da permiso.

Mi interlocutora se echó á reír; evidentemente yo era un señor chistosísimo.

—¿Pero está usted empleado allí?

—Tampoco.

—Pues no atino...

—Es que estoy muerto, ¿comprendes?

Ya soy un muerto á quien cierto permiso del otro mundo autoriza á dejar su nicho á las doce en punto de la noche. Y, así lo hago: al vibrar la primera campanada del reloj que hay en la capilla, mi alma, que

durante el día anda, ignora por dónde vuelve á mi cuerpo, y entonces levanto la tapa de mi ataúd, me visto el traje que aquí ves y tomo el camino de Madrid. A mi tumba he de volver antes de que empiece á despuntar el día, pues de lo contrario me quedaría indefinitivamente muerto en medio de la calle. Esto obedece á no sé qué influencias fatales que tiene sobre las carnes difuntas la luz del sol.

La ramera, presa ya de un remoto temor supersticioso, me inspeccionaba de soslayo: sus ojos descubrían curiosidad y miedo. Yo quise aumentar su confusión aprovechando la circunstancia de tener mis manos muy frías.

—Convéncete —proseguí;—estoy helado.

Y mis dedos palparon su rostro. Ella tembló:

—Eso no es cierto—dijo.

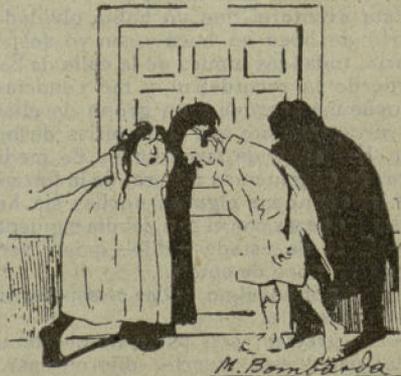
—¿No? ¿Cómo, crees que no estoy muerto? A mí me mataron,



FÉLIX RECIO

A quien ha llamado Joaquín Dicenta «el archivo de las picardías», que en breve publicará una novela muy sensacional

LOS PAPAS SUEGROS



—¿Le sientes? ¡y parecía que no había roto un plato!

—Y puede que no se le haya roto.



—¡Ay, qué susto he pasado por el maldito ratón, y menos mal que ha encontrado una rendija antes de llegar a mí!

hace cuatro años, de una cuchillada en el pecho. ¿Quieres ver la herida?

—Déjeme usted—murmuró parándose y reculando luego algunos pasos;—ya no voy con usted a ninguna parte; usted está loco ó borracho.

—Ven acá—exclamé;—ven y te descubriré secretos maravillosos de la otra vida. Ven; te alegrarás...

Pero ella, llena de terror pánico, escapaba corriendo calle abajo.

Esta aventura, que yo había olvidado, corrió de boca en boca y, sin yo sospecharlo, todas las lumias de la calle de San Bernardo la recordaban y me conocían. Anoche me acerqué a un grupo de ellas, sin otro propósito que el de oírlas desbarrrar. Hablaban de sus triunfos de media hora, de su ganancia mísera, de la fortuna que las abandona algunas noches sin hacerlas tropezar con el pan del día siguiente.

—¿Cuál de ustedes—dije—quiere venderme un poco de amor?

Como por ensalmo, todas se separaron, dejándome solo.

—No, gracias; con usted no queremos nada; usted está muerto—dijeron casi á coro.

Félix Recio

Las cosas No diré el nombre, pero sí que la cosa :: del cura ocurrió en un pueblo cercano á la corte,

te, tan pobre en frutos como rico en hembras de amplio pecho y macizas caderas.

Era verano, y buscando la fresca temperatura, acudí al poblado é hice amistad con el farmacéutico, hombre de mucho mundo, y con el doctor, joven tan aficionado á la poesía bucólica, como á la rica caza de las serranas de corto zagalejo. Por aquellos días, y con la llegada de un nuevo cura, joven y rollizo, se aumentó la tertulia, que era de noche y de julepe.

En una de las sesiones, el clérigo, que era campechano y parlador, nos dijo pi-caresco:

—He notado, que aquí las mozas son...



—Anda Filito, cómete esa manzana que tiene muy buen aspecto.

—¡Mamá, que es malo! Ya ves lo que le pasó á Adán solo por dar un bocado á la manzana del Paraíso.

—No, hijita; no fué por la manzana, precisamente, fué por la pipa.

Lea usted el martes
EN EL LIBRO POPULAR

Los piratas de los barrios bajos

Novela de
EUGENIO NOEL

muy libres; algunas noches, cuando me separo de ustedes, observo que en las callejas hay muchas pajaritas, y anoche precisamente, oí que de una cercana á mi casa, salían ruidos un tanto sospechosos.

Reímos la salida del cura, y convinimos á una en que el pueblo, ya por falta de mozos, ya por sobra de salud de las mozas, era un modelo de castidad.

El sacristán, muchacho recién casado é hijo del pueblo, juró que había exageración en nuestro juicio; pero ante la fuerza de los argumentos, desfiló de pruebas y enumeración de mozos... fracasados, el buen muchacho vino á confesar que, en efecto, existía en el pueblo tanta caza y aun más sabrosa que la que criaban los montes del concejo.

—Tú, como hijo de la localidad, debes conocer á todas ó casi todas—dijo el alegre cura.

—¡Calcule usted!—respondió el sacris.

—Pues yo deseaba conocerlas, y nadie mejor tú puede hacer su presentación.

—¿Y cómo?—preguntó el campanero intrigado.

—Muy sencillo: el domingo, como hay sermón, acudirán las mujeres.

—¡Claro!

—Al terminar, diré, que deseando conocer á las feligreses, las invito á que en la sacristía tomen una pasta.

—Pues no faltará ninguna...

—Tú, entonces, en la puerta, junto á mí y á medida que vayan saliendo, me dirás su nombre, y á cada una que pase y... lo sea, me darás una chinita, de esas pequeñas que hay en el río.

—Sí... ¿Y qué más?

—Que cuando pase una y yo... la conozca, la china te la daré yo...

—¿Pero usted?... ¿Tan pronto?

—¡Se hace lo que se puede!...

Como se acordó, se hizo, y el día indicado, tras el sermón que fué corto, procedióse á la presentación convenida.

En la estrecha puerta de la sacristía estaban cura y sacristán, que muy ceremo-



El del velador.—¡Míá ese maleta! ¡Aquí tanta postura y el domingo la metió cinco veces!

Ella.—¡Cinco veces! ¿Y á un hombre así le llamas maleta?

nioso indicaba nombre, profesión y parentesco, y deslizaba ¡ay! con mucha frecuencia las menudas chinitas del río en la suave mano del curita.

—¡La hija del juez, chinita; la sobrina del albacerero, chinita también. La mujer del registrador, chinita; pero está vez de la mano del sacerdote á la de su ayudante que sonrió ladino, como diciendo:

—Que sea enhorabuena. ¡Buen bocadito!

Ya quedaban pocas mujeres en la sacristía, que pausadamente fueron saliendo.

—La hija menor del sargento, libre de

EL BURRO FLACO



La niña.—¡Que me parte por la mitad! ¡Que ya he empezado el corte!

ascote. La prima del alcalde, con dos chinas.

De pronto, una rolliza y rubia muchacha apareció, y el cura, fijos sus negros y grandes ojos en el pecho de la moza, alargaba con mano trémula una de las chinas más gruesas. El joven sacristán, más trémulo aún, miraba al sotana y le decía en voz muy baja:

—¡Esa no, señor cura, que es mi Inés!... ¡Esa no!...

Pero el joven clérigo, absorto en la contemplación de la rubia, seguía alargando el brazo con la chinita correspondiente. Entonces, con voz cortada, por la rabia y el despecho, gritó el infeliz y simpático muchacho:

—¡Que es mi Inés!... ¡¡Que es mi Inés!!

A lo que respondió el cura con frase convincente y llena de unción cristiana...

—¿Que es tu Inés? ¿Que es tu Inés? Paciencia, hijo mío, que también lo es...

Fernando Mora

La casualidad Según una carta que me dirige una de mis admiradoras de Alcázar de San Juan, en aquella estación ferroviaria hubo días atrás un escándalo morrocotudo.

A lo que parece, una *deleitosa* madrileña, llamada Micaela, se apeó del tren que la conducía hacia Madrid y entró en la fonda de la estación de Alcázar á beber un chocolate; la concurrencia de viajeros era muy grande, porque se hallaba allí detenido uno de los trenes que en los días precursores á Semana Santa han conducido romeros á Sevilla. Las mesas habían sido tomadas como por asalto; todos charlaban á la vez, todos comían deprisa, deseosos de volver pronto á sus vagones respectivos. Micaela D. continuaba tomando chocolate sola, en un veladorcillo colocado cerca del mostrador, muy sorprendida de que *su amigo*, que se había despedido de ella momentos antes, no fuese á buscarla.

Después se levantó para marcharse. Al



—¿Conque esas tenemos?

—Sí, señora... Ya que no hay más remedio... no se lo negaré á usted.

—A mi no; á él es á quien no se lo has negado.



El cadete.—Yo, señora, profeso en materia de amor la teoría que iba como lema en las espadas: «No me saques sin valor, ni me envaines sin honor».

La jamona.—¡Pues hijo, no es usted poco exigente!

salin al andén, tropezó con una joven que alargaba tímidamente el cuello por la puerta del comedor, sin atreverse á entrar.

Las dos mujeres, después de mirarse durante unos segundos, se reconocieron.

—¡Micaela!

—¡Pepa!

Las dos eran cordobesas, y hacía más de dos años que no habían vuelto á verse.

—¡Qué casualidad! Micaela...

—Sí, qué feliz casualidad.

—¿A dónde vas?

—A Madrid.

—Allí vivo yo.

—¿Por lo visto—dijo la pecadora—íbamos en el mismo tren?

—No. Yo regreso á Madrid el mes próximo. Ahora he venido á la estación para abrazar á mi marido.

—¡Ah!

—Estoy casada. ¿No lo sabías?

—No.

—Pues, sí. Me casé hace dos años y tengo un niño...

—Mi enhorabuena.

—¿Y tú, te casaste?

—¿Yo?... No...

Como todavía faltaban veinte minutos para la salida del tren, las dos amigas em-

pezaron á pasear por el andén, cogidas del brazo, abrumándose á preguntas. Pepa, sobre todo, no sa cansaba de saber...

¿Dónde vivía Micaela? ¿Y con quién? ¿Y por qué no se casaba?...

La joven, al principio, hizo todo lo posible por no verse forzada á contestar de un modo categórico; pero, luego, hubo de rendirse y confesar la verdad de plano, un poco aburrida de tanta curiosidad.

—Vivo sola—dijo.

—¿Y tus padres?

—En Córdoba.

—Y tú, ¿por qué no procuras casarte?

—Porque eso... es casi imposible para mí.

—¿Imposible?

La joven arqueaba las cejas, son comprendiendo; en tanto Micaela sonreía contemplándola con sus ojos burlones.

—Sí—dijo por fin—yo... ¿sabes?... vivo con uno. Ahora, si no quieres saludarme... Estás en tu derecho.

Pepa protestó. ¿Por qué iba á negarla su saludo? ¿Acaso no se querían? ¿Acaso no habían sido buenas compañeras de fatigas infantiles?... Y volvieron á besarse.

Pepa, no obstante, miraba á un lado y otro, inquieta.

—Me extraña mucho—decía—no ver á mi marido. Probablemente vendrá esta noche ó mañana. Como es tan dormilón habrá perdido el tren. ¡Siempre le sucede lo mismo!...

—¿De dónde viene tu marido?



El caballero distraído.—Cuando nació sería más pequeño ¿verdad?

EN EL PARAISO TERRENAL



—Me han dicho que ayer te han visto con una mujer.

—De Sevilla.

—De allí vengo yo ahora.

—El sigue hasta Madrid, de modo que en un tris estubo que no fueseis compañeros de viaje...

Continuaban yendo y viniendo por el andén. Pepa mirando siempre á un lado y á otro; Micaela muy preocupada de no ver á su amigo por ninguna parte.

—Me extraña mucho —dijo— no ver á mi compañero.

—¿Cómo? —exclamó Pepa.— ¿vienes acompañada?

—Sí; vengo con mi amante.

—¡Pícarona, y no me lo habías dicho!... ¿Cómo es?

—Joven.

—¿Y guapo?

—Y guapo y rico... Ya te le presentaré. Diré que es mi marido...

—¿Será soltero?— preguntó la joven con esa curiosidad que el pecado despierta en las mujeres decentes.

Y Micaela repuso muy grave:

—Naturalmente, soltero...

Pero mentía: ¡era casado!...

Ya solo faltaban algunos minutos para la salida del tren. Casi todos los viajeros habían subido á sus vagones.

—Vente—dijo Micaela arrastrando á su amigo— tal vez *mi señor* esté en el coche...

En el aquel momento llegaba un caballero, recorriendo con los ojos todo el tren, como buscando un vagón que no encontraba.

Las dos mujeres volvieron la cabeza...

Y, casi simultáneamente, exclamaron:

—¡¡Jorgell!

El marido de la una era también el amante de la otra... Aquello acabó con el clásico rosario de la Aurora; á palos.

Las jóvenes, convertidas repentinamente de amigas cariñosas en rivales, se arremetieron con venenoso ensañamiento, maltratándose mutuamente los rostros con arañazos y sonoros cachetes.

Lo más chusco del caso fué que Jorge, el secuestrado provocador de aquella gentil pelamesa, viendo el mal cariz que iba tomando la cuestión, hubo de decirse: ¿Pies, para qué os quiero?... Y tomó el tren, que ya se marchaba.

La pobrecita Micaela D., por tanto, se quedó á pie.

Es de esperar que las autoridades de Alcázar de San Juan, sabrán apiadarse de su juventud y de su belleza.

José Moreira.



—¿Por quién va usted tan enlutada, doña Tránsito?

—Por mi hija. Ha muerto del tífus en la flor de la edad.

—¡Ay! A mí me fué arrebatada la mía á los diez y ocho años.

—¿También por el tífus?

—No, señora; por un sinvergüenza que era su novio.

El último modo de timar

Un hombre sin dinero es un ser ridículo. No me explico por qué nosotros los meridionales, admiradores de la belleza física, satirizamos al cojo, al tuerto ó al

mente se dice, «no tienen luz para hacer cantar á un ciego?»

Intimamente, todos lo creemos así, y de aquí el formal empeño que los Don Juanes callejeros tienen de ofrecerse ante sus seducidas, no solamente como los más apuestos y decidores, sino también como los más ricos y generosos de los hombres.

Los especuladores de la tontería y vanidad ajenas, no han echado en saco roto este consejo.

Desde hace varios meses pasea las calles de Madrid una mujer andaluza, alta y magnífica, cuyas enaguas policromas, bien olientes y atrevidamente recogidas, atraen la atención de los hombres.

Una tarde me paseaba yo solo por la Carrera de San Jerónimo, cuando ella pasó. Es una de esas mujeres terriblemente provocativas, que nos obligan fatalmente á volver la cabeza. Yo la miré de hito en hito, sintiendo que algo ardiente corría á lo largo de mis venas, y un chispazo eléctrico llenó mis viejos ojos de pecaminosos resplandores. Ella también me miró, com-

FUE UN OLVIDO



Ella.—Ya te dije cuando nos casamos que era muy despreocupada.

El.—¡Pero no me dijiste que eras muy golfal

jorobado, que sientan plaza de Tenorios, y no medimos por idéntico rasero al individuo que, fiado en su gallardía y donaire, se dedica á rendir-femeninas voluntades sin tener un real.

Para avasallar el corazón de la mujer, como para abrirse paso en otras muchas empresas, el dinero constituye un factor importantísimo: porque el dinero es una fuerza, una afirmación, como lo son la hermosura, la salud, la elegancia, el ingenio, la bravura...

¿No es, pues, bufo, que alardeen de Lovelaces los hombres que, como vulgar-



El.—Ahora que me fijo, resulta que no te puedo llevar al teatro.

Ella.—¿Por qué?

El.—Porque no tengo dinero suficiente para comprar un palco, y en una butaca no encajas.



El padre.—Mira hijo mío: tú tiés la desgracia de acabar siempre metiendo la pata; no te pido más, que hoy día de tu boda, no la metas.

placiéndose en observar la herradura de brillantes que adorna mi corbata.

Cediendo á una fuerza superior á mi voluntad, seguí á la desconocida, á quien momentos después abordaba osadamente.

—Es usted muy hermosa.

—Muchas gracias.

—¿Dónde podríamos charlar un rato á solas?

—En mi casa. Pero eso es difícil.

—¿Por qué?

—Porque mi amigo es celoso y me vigila mucho.

—Sin embargo... el interés que usted me inspira es grande.

—Bien, oiga usted...

En aquel instante solemne se me acercó un joven, pobremente vestido, pidiéndome una limosna.

—No puedo, hermano—repuse agríamente.

—Hágalo usted por caridad, señor.

—No llevo suelto.

—Hágalo usted por la señorita, que es muy guapa.

—¡Vete al diablo!—grité exasperado de tanta terquedad;—¡no puedo darte nada!

El mendigo insistía:

—Señor, que son las siete de la tarde y todavía no me he desayunado...

Entonces la gentil desconocida intervino en la cuestión.

—Tiene usted—me dijo—un corazón muy duro.

—¿Cómo?

—Sí, porque no se apiada usted de los que sufren.

Echó mano á su bolsillo, buscando una moneda.

—¿Qué hace usted?—exclamé, sintiéndome humillado.

—Una pequeña caridad. Quiero darle á ese pobre hombre dos pesetas: es lo menos que puede necesitar para cenar y dormir esta noche.

—No se moleste usted.

Y apresuradamente puse entre las manos del pordiosero ocho reales en plata.

¿Qué galán no hubiera hecho en mi caso otro tanto?

El mendigo me dió las gracias y se fué. Ella y yo continuamos nuestro paseo por



El sastre.—¡Pero señor mío, si no hay más remedio que tomar medidas!

El cliente.—¡Vaya, que no, que es usted muy atrevido!

la calle del Príncipe. De pronto, cuando llegábamos á la plaza de Santa Ana, la joven exclamó angustiada:

—Por Dios, caballero, retírese usted; allí viene mi amigo...

Y, echando á correr como una loca, desapareció entre el gentío.

Durante algunos días creí que aquella aventura no encerraba nada extraordinario; pero luego supe que varias personas, que abordaron á la misma mujer, sufrieron un chasco análogo al que yo padecí.

Se trata, por consiguiente, de dos ingeniosos timadores que han discurrido esa sencilla combinación para ganar, sin grave quebranto de la fidelidad que se profesan, doce ó quince pesetitas diarias.

Fernando Amado.

♦ La ley de la castidad

Leemos, cortamos y pegamos, sin quitar punto ni coma, sespetando incluso el título, la siguiente interesantísima información que publica periódico tan sesudo como *La Corres*:

«Nueva York.—Ha sido presentado á la Cámara legislativa del Ohio un proyecto de ley que su autor denomina «bill de la castidad».

En él se establecen las normas que deberán seguir en cuestión de modas las mujeres de dicho Estado.

Una comisión de tres censores, uno de ellos pastor protestante, será investida de los poderes discrecionales necesarios para prohibir toda moda ó todo traje que considere contrarios á la virtud y á la castidad.

Según el proyecto, serán declarados ilegales los cuerpos de vestidos abiertos.

Se fijará el descote permitido en sólo dos pulgadas más abajo de la barba.

Se prohíbe el uso de las telas transparentes ó caladas que permitan ver la carne.

Las señoras ó señoritas que se alcen la falda en sitios públicos para que las vean las medias serán multadas.

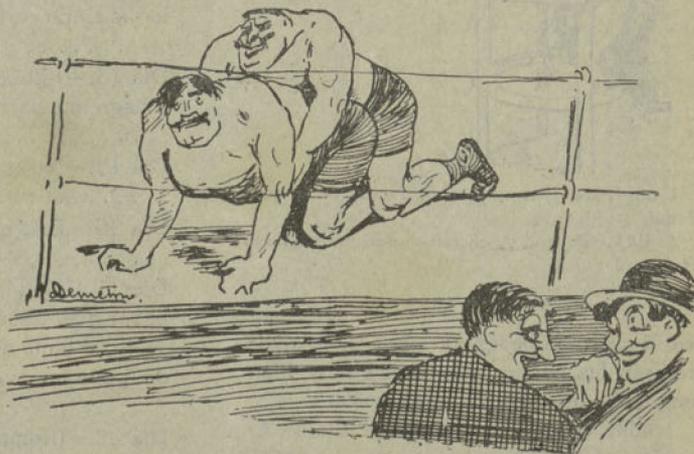
Los comerciantes que expongan en sus escaparateo maniqués femeninos de cera ó madera que no estén completamente vestidos irán á la cárcel.

El anuncio de tan riguroso «bill» ha causado profunda indignación entre las mujeres de Ohio.

Y estas organizan un mitin de protesta.

Además se proponen dar un serio disgusto al autor del proyecto, que es un diputado soltero, misógino y que se pasa la vida persiguiendo á los que juzga infractores de la moral pública».

Nos explicamos la indignación de las



Uno.—¡Mira, mira qué quieto está el de abajo!
El otro.—Es que está tomando fuerza.

mujeres de Ohio. Ese bill es una verdadera vileza.

Las mujeres tienen derecho á enseñar todo lo que quieran, desde el Catecismo

hasta las pantorrillas. Para eso son mujeres.

¡Pues no faltaba más sino que esos tres censores fuesen por las calles subiendo descotes y bajando faldas!

Sobre todo, el pastor, si se atreve á lle-



Una.—Pero ¿por qué te perfumas tanto con Ideal?

La otra.—Porque es el único olor que excita á mi marido.

var á cabo tan peligrosa labor, se le alborotarán las ovejas, y le estará muy bien empleado que se le escape el rebaño.

Nada, valientes mujeres de Ohío. Al mitin de protesta, al grito de guerra de «¡Abajo los descotes y arriba las faldas!»

¡Retronchos con el autor del bill! ¡Qué diputado! ¡Qué Ohío!

Lea usted el martes

EL LIBRO POPULAR, por Noel

LAS MEMORIAS DE UN SOLTERO

Día 1.º.—La ví y al verla, por vez primera yo no sé lo que sentí que la amo como una fiera.

Día 2.—Me declaré.

Día 3.—Me contestó.

Día 4.—«Suba usted».

Día 5.—¡Me partió!
¡Hablar con una muchacha sólo por el ventanillo con mi fecha y con mi facha como si fuese un chiquillo!

Día 12.—«Mi luceo sol, estrella, querubín...»
—«Si fuese usted caballero que viniera con buen fin...»
—«¿Cómo dudarle, alma mía? mi amor es puro, decente; ¡te amo como adora al día la luz clara y transparente».

Día 13.—«Abre la puerta ó hago una barrabasada».

Día 15.—No está abierta.

Día 20.—Está entornada.

Día 21.—No me atiende al ver que deseo entrar.

—No, si papá nos sorprende de fijo te ha de alumbrar.

Día 22.—(Rompiendo el libro de apuntaciones.)

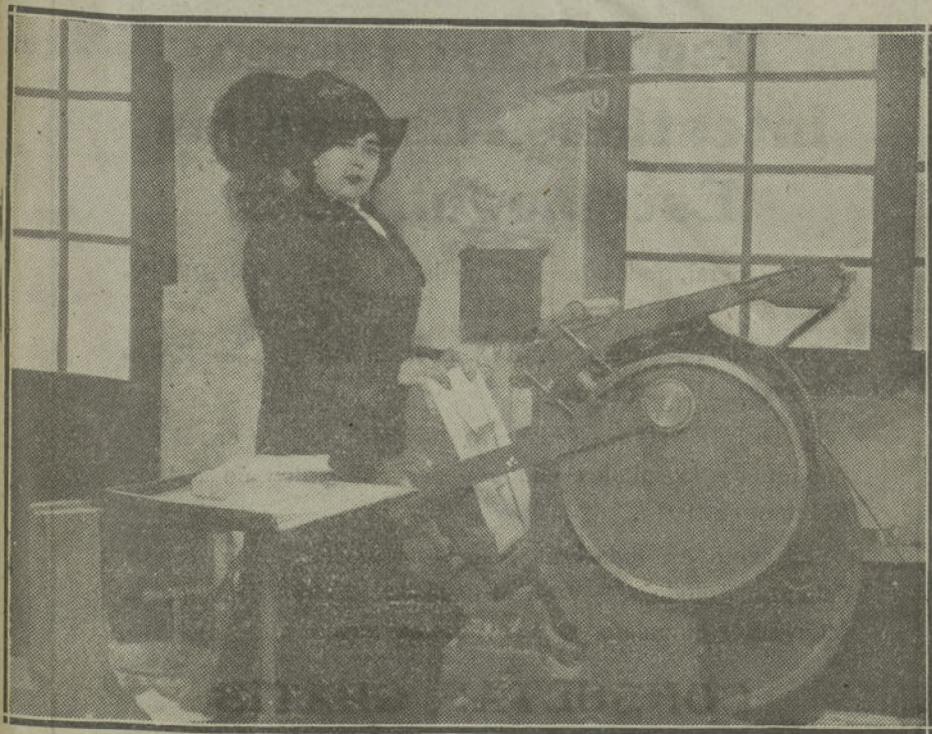
¡Vamos, ya voy conociendo todas las habitaciones!

He entrado tres noches ya, soy muy dichoso, y se explica: no me ha alumbrado el papá: la que me alumbró es la chical!

José Brissa

Véase el número anterior de LA HOJA DE PARRA

El pasado número de LA HOJA DE PARRA sufrió las iras del señor Fiscal, y fué objeto de la recogida. Como ello haría que algunos de nuestros lectores no pudiesen adquirir el segundo cupón, una vez que se hayan publicado los cuatro que componen la serie, tendremos el gusto de repetirlo.



«Ella» tirando... en una de nuestras máquinas pequeñas

¿Por

Si con el DEPURATIVO
PLETAMENTE INOFEN-
sivo curaréis en media docena

SIFILIS,

Reuma, Artritis, Intestinos, Escrófulas, Estómago, Gota

y en general, todas las enfermedades de la SANGRE IN-
FECTA y VICIADA.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es RADI-
CAL y GARANTIDA.

El DEPURATIVO RADICAL ha sido incluido en el for-
mulario de Hospitales militares por real orden de 1.º de
Febrero de 1913.

De venta en todas las buenas farmacias, en la de «La
Paloma», Toledo, 54, y en el depósito general, calle de la
MONTERA, número 4, á 7 pesetas frasco.

CONSULTAS GRATIS